

No podremos explicar con certeza los motivos del uso del vocabulario nietzscheano con el mismo sentido que tiene en las interpretaciones que Borges mismo critica. Acaso, a pesar del tono disculpatorio del final de su artículo sobre el *Zarathustra*, el escritor considere que la ambigüedad de este texto justifica la apropiación nazi, como la más acertada o al menos la más difundida. Quizás solamente emplee los términos ejemplificando el uso "vulgar" de la época. O tal vez, valiéndose de la ironía, ese recurso tan propio, se burla de los hitlerianos vernáculos que nada entienden de matices del pensamiento. Acaso otros múltiples "acazos" se le ocurran al lector de estas páginas. En cualquier caso, sabemos que Borges estuvo atento a los ajetreos de la historia de la recepción del pensamiento de Nietzsche y que pudo construir distintos modos de acercamiento a él.

III

Habiendo ensayado el esbozo de algunos aspectos de la lectura borgeana de Nietzsche, volvamos al comienzo: ¿es Borges el lector que Nietzsche espera? Ésta es una pregunta incontestable, pero siempre es posible una respuesta precaria. Sin duda, tiene alguna de las características que el filósofo implacable exige: Borges es un monstruo curioso y astuto, amante de laberintos y enigmas. No parece querer concluir, dar con la palabra final sobre los distintos problemas que encuentra en los libros de Nietzsche y elige con su lectura caminos que abran más caminos; nos habla de la actualidad del pensamiento nietzscheano y de que su originalidad se encuentra en la formulación trágica de una ética de la felicidad. No nos ahorra en sus páginas la necesidad de volver sobre Nietzsche y nos invita así, en un juego de espejos tan borgeano, a ser sus lectores.

DOS NOMBRES

Mariana Sanjurjo



Borges y Nietzsche. Hace poco más de un año tuve la oportunidad de imaginar, junto con cierta amiga que estampa su nombre en el otro artículo de este dossier que visita a Borges, un encuentro imposible entre estos dos autores. Lo que aquí vierto se insinuaba, creo, en ese diálogo de escrituras —así lo soñamos; como un oxímoron—; se escuchaba entrelíneas en el ir y venir de una conversación leída.¹ Vuelvo ahora, gracias a la falta de imaginación o a una preocupación reiterativa, sobre algunos de los rastros que en aquella ocasión nos quedaron sin explorar, o mejor dicho, enlazo los rastros que allí exploramos de un modo levemente distinto en un nuevo texto. Que es otro, pero también, en cierto sentido, el mismo. Acaso un émulo torpe de la costumbre borgeana de "escribir la misma página dos veces, con variaciones mínimas".²

No recorreré los escritos de Borges en busca de menciones del nombre de Nietzsche. Dichas menciones están ahí, aunque no abundan,

1. Me refiero al texto "Sueño de un encuentro", que urdimos con Paula Fleisner a partir de los escritos de Nietzsche y Borges para la presentación de *Instantes y azares —escrituras nietzscheanas*, que se realizó el 27 de diciembre de 2001 en Un gallo para Esculapio, en la esquina de la calle Uriarte que corta Costa Rica.

2. J.L. Borges, "Prólogo", en *El otro, el mismo*, en *Obras completas*, Barcelona, Emecé, 1989, Tomo II, p. 235. Salvo indicación, cito todas las obras de Borges de la misma edición.

y ciertamente no igualan el número de apariciones de los nombres más frecuentes que cíclicamente retornan en los textos de Borges: Schopenhauer, Rosas, Macedonio, Walt Whitman. Lo que me propongo es más bien encontrar las huellas posibles de Nietzsche allí donde no necesariamente se lo nombra, en los lugares de su ausencia, en los rincones en los que, quizás, acecha como fantasma una prosa o unos versos ajenos. La omisión recurrente de una palabra, advierte Borges, bien puede ser el modo más enfático de indicarla.³ Por otra parte, las menciones que Borges otorga a Nietzsche parecen poner una necesaria distancia entre el hombre póstumo que creó a Zarathustra y el poeta de Buenos Aires que quiere morir enteramente.⁴ Sin borrar esa distancia –distancia de pájaro, que Nietzsche conoce bien– estas páginas aspiran a hallar a Nietzsche en un nombre que no es el suyo sino el de Borges mismo, por cierto muy frecuente en la escritura de ese ciego o casi ciego lector que ya no descifra lo que escribe. Reconozco que se trata de un juego algo tramposo, y que me complace la leve treta que da pie a todo este ensayo del “como si” literario.

Nietzsche, como pocos filósofos, o como todos, pero más obviamente, más orgullosamente, sin disimulo, se inscribe a sí mismo en sus escritos.⁵ Tal vez la encarnación más acabada de esa práctica suya sea aquella autobiografía filosófica que es *Ecce homo*. Borges, es sabido, también ejercita la auto-inscripción con asiduidad y labra con ella un estilo. El efecto, en uno y otro caso, es paradójicamente desapropiador. Ninguno de estos autores parece establecer con su nombre una marca de dominio sobre lo que escribe o siquiera sobre sí mismo. La “Nueva refutación del tiempo” –se trata de una refutación

que Borges afirma encontrar de algún modo en todos sus libros a la vez que asegura descreer de ella– concluye con un “yo, desgraciadamente, soy Borges”.⁶ La inscripción del nombre Borges incluso va acompañada en diversas ocasiones por la tercera persona: “Oh destino el de Borges...”,⁷ reza la “Elegía” que traza un itinerario del destierro de su autor. Similarmente: “¿qué nos importa que el señor Nietzsche esté nuevamente sano?”, se lee en el prólogo de *La ciencia jovial*, que traza el itinerario de Nietzsche de la enfermedad a la convalecencia.⁸ Nietzsche escribe Nietzsche. Borges escribe Borges.

El ejercicio del propio nombre de Borges abre una perspectiva sobre el tratamiento de la identidad en su obra que permite entrever allí ciertos rasgos del tratamiento nietzscheano de la identidad.⁹ Con esto quiero decir que Borges, a fuerza de reiterar el propio nombre e impulsar su yoidad a la superficie del texto, lejos de afirmar una identidad como bloque inmovible de subjetividad, la volatiliza; pone de manifiesto la tensión que es la identidad. Si Nietzsche rompe en su escritura con la idea de un yo sustancial, si en su lugar baraja una serie de metáforas que no esconden un fondo originario de sentido, si entrega a su lector un sí mismo que es ante todo una pluralidad, unas fuerzas en tensión, si vislumbra siempre en lo que se llama identidad la sombra no absorbible de la alteridad, entonces habrá en la escritura de Borges suficientes intersticios para hallar motivos nietzscheanos entre sus pliegues.

3. J.L. Borges, “El jardín de senderos que se bifurcan”, en *Ficciones*, Tomo I, p. 479.

4. La discusión acerca del eterno retorno en *Historia de la eternidad* es el obvio lugar en el que esa distancia se plasma (Tomo I, pp. 385-396). Otras veces el nombre de Nietzsche o el de Zarathustra se deslizan como invocados por otros, apropiados por otros, sobre todo en escritos sobre el nazismo. Paula Fleisner me asegura que se aventurará por el camino de esas menciones en el ya aludido artículo de este dossier.

5. ¿Es posible no inscribirse a sí mismo en la propia escritura? Aun un implacable silencio del nombre propio, una mudez de la primera persona singular, ¿no dice algo sobre quien escribe? ¿no es una forma de su inscripción, una forma que indica un “quiero ser disimulado” y un “quiero hacerme transparente”?

6. J.L. Borges, “Nueva refutación del tiempo”, en *Otras inquisiciones*, Tomo II, p. 149.

7. J.L. Borges, “Elegía”, en *El otro, el mismo*, Tomo II, p. 311.

8. F. Nietzsche, “Prólogo a la segunda edición”, § 2, en *La ciencia jovial*, traducción de José Jara, Caracas, Monte Avila Editores, 1999, p. 2.

9. Una vez más, no baso la afirmación en alusiones explícitas a Nietzsche en este sentido. De ahí el juego tramposo que anuncié momentos atrás. Pero las menciones de Nietzsche que sí aparecen en los textos de Borges (ver nota 4) dejan ver al menos que Borges leyó a Nietzsche. Tal vez algún día pueda hojear las obras de Nietzsche de la biblioteca personal de Borges y descubrir alguna anotación al margen que finalmente haga de este ensayo algo digno de ser publicado en un dossier sobre la recepción del pensamiento de Nietzsche en Argentina. Hasta entonces, me alcanza la ausencia. Tampoco viene mal aquella frase de Borges –y con ella ya rompo mi promesa inicial de rastrear sólo esa ausencia– que dice que “Nietzsche [...] sabía que la más eficaz de las personas gramaticales es la primera” (“La doctrina de los ciclos”, en *Historia de la eternidad*, Tomo I, p. 388).

Soy, pero soy también el otro, el muerto,
El otro de mi sangre y de mi nombre...¹⁰

La primera persona de Borges nunca tarda en ser asediada por sombras, dobles, otredades, espejos, pasados, porvenires.¹¹ El nombre propio –Borges– se disemina en un laberinto de bifurcaciones que no parece descansar en una unidad última. “Borges y yo” es una página de alteridad en la identidad en la que nada se resuelve unívocamente. El nombre propio se vuelve algo ajeno, quien escribe no es su dueño: “...de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico”. La identidad se despliega como un campo de tensiones y distancias. “Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica. [...] Yo he de quedar en Borges, no en mí (si es que alguien soy), pero me reconozco menos en sus libros que en muchos otros o que en el laborioso rasgueo de una guitarra.” Hay un desconocimiento de sí mismo, una opacidad que no puede ser apropiada. “No sé cuál de los dos escribe esta página”, confiesa –¿Borges?– al final.¹² El “Poema de los dones” es el poema “de un yo plural” –Groussac y Borges, ¿pero por qué no también Borges y el otro en él?¹³

La ficcionalidad, elemento que atraviesa todo el pensar nietzscheano desde la eliminación del “mundo verdadero” con el anuncio de la muerte de Dios,¹⁴ también hace su juego en la constitución

10. J.L. Borges, “Junín”, en *El otro, el mismo*, Tomo II, p. 319.

11. “Soy los que ya no son. Inútilmente / Soy en la tarde esa perdida gente” (J.L. Borges, “All Our Yesterdays”, en *La rosa profunda*, Tomo III, p. 106). Ser tal monstruosa pluralidad móvil no es una exclusividad de quien escribe. Una advertencia en el poema sobre Proteo, dios de insabiles formas, alerta al lector sobre su propia monstruosidad plural: “De Proteo el egipcio no te asombres, / Tú, que eres uno y eres muchos hombres” (J.L. Borges, “Proteo”, en *op. cit.*, p. 96).

12. J.L. Borges, “Borges y yo”, en *El hacedor*, Tomo II, p. 186.

13. J.L. Borges, “Poema de los dones”, en *op. cit.*, Tomo II, p. 188.

14. La historia del mundo verdadero es para Nietzsche la “Historia de un error” (F. Nietzsche, “Cómo el ‘mundo verdadero’ acabó convirtiéndose en una fábula”, en *Crepúsculo de los ídolos*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1996, pp. 51-52).

de la identidad. Las máscaras que Nietzsche multiplica en su escritura –espíritu libre, Zarathustra, Príncipe Vogelfrei, Dyonisos, el Crucificado, “Todos los nombres de la historia”– sugieren un yo múltiple que no se asienta en ningún rostro verdadero. La escritura de Borges insinúa un saber de estos juegos de máscaras en los que la subjetividad se asume como pluralidad oscilante; un saber que asoma, por ejemplo, en las palabras que Borges pone en boca de Browning en unos versos sobre la profesión de poeta:

Máscaras, agonías, resurrecciones,
destejerán y tejerán mi suerte
y alguna vez seré Robert Browning.¹⁵

“Soy la carne y la cara que no veo”.¹⁶ Nietzsche pone de relieve su propia corporalidad, notablemente en *Ecce homo*, exponiendo su enfermedad, sus gustos alimenticios, sus hábitos, su funcionamiento orgánico. Borges, que también se sabe cuerpo, expone en su escritura su insomnio, su ceguera, su vejez (otra forma del insomnio), su afición por el cacao, las uvas y el café. El yo no es ni en Nietzsche ni en Borges un reducto inequívoco y coherente, y tampoco la corporalidad lo es. Gran razón, pluralidad, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor, el cuerpo que Zarathustra reivindica es cruce de fuerzas, lugar atravesado por la diferencia.¹⁷

La calavera, el corazón secreto,
Los caminos de sangre que no veo,
[...]
Las vísceras, la nuca, el esqueleto.
Soy esas cosas.

15. J.L. Borges, “Browning resuelve ser poeta”, en *La rosa profunda*, Tomo III, p. 82.

16. J.L. Borges, “The Thing I am”, en *Historia de la noche*, Tomo III, p. 196.

17. F. Nietzsche, “De los despreciadores del cuerpo”, en *Así habló Zarathustra*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1998, p. 64.

La poesía se titula "Yo" y el destacado lo agregué.¹⁸ Creo que el plural dice todo o casi todo, pero por si no fuera suficiente Borges se dispersa hacia otros cuerpos que surcan el propio –"Soy el que ve las proas desde el puerto; / Soy los contados libros, los contados / Grabados por el tiempo fatigados"– y aun a esos misteriosos cuerpos que parecen surgir de él pero pronto lo dejan para salir al cruce de otros –"Más raro es ser el hombre que entrelaza / Palabras en un cuarto de una casa".

Una nota: Borges comparte con Nietzsche la costumbre de desdecir, desconocer o desmerecer en el prólogo lo por él escrito en el libro prologado. Es usual que ambos aprovechen el espacio marginal del prólogo, supuesto accesorio inesencial de una obra, para, en lugar de practicar "una forma subalterna del brindis"¹⁹ o reclamar dominio sobre el texto del libro en cuestión, desapropiarse de él. El prólogo de *Luna de enfrente*, por ejemplo ("Poco he modificado este libro. Ahora, ya no es mío"), es un gesto que pone distancia entre quien redactó las composiciones del volumen ("El hecho es que las siento ajenas; no me conciernen sus errores ni sus eventuales virtudes") y quien firma las palabras preliminares y habla en tercera persona del otro ("quien las compuso").²⁰ Por supuesto, las iniciales de ambos son J.L.B. Similar es el juego en *Historia universal de la infamia*, en cuyo prólogo J.L.B. alterna la primera y la tercera persona para aludir a sí mismo como prologuista del libro y como "el hombre que lo ejecutó".²¹ Nietzsche traza su propia distancia respecto de sí mismo en el "Ensayo de autocrítica" de *El nacimiento de la tragedia*, y en el prólogo de *Humano, demasiado humano* ya se puede advertir un diferir respecto del espíritu libre que habita el libro.²² Pero también más tarde entrega a su

18. Se puede leer en *La rosa profunda*, Tomo III, p. 79.

19. J.L. Borges, "Prólogo de prólogos", en *Prólogos con un prólogo de prólogos*, en *Obras completas*, Barcelona, Emecé, 1996, Tomo IV, p. 14.

20. J.L. Borges, "Prólogo", en *Luna de enfrente*, Tomo I, p. 55.

21. J.L. Borges, "Prólogo a la edición de 1954", en *Historia universal de la infamia*, Tomo I, p. 291.

22. Estos prólogos, los de Borges y los de Nietzsche, pueden ser comprendidos como productos de un cambio de posición que se dio con el tiempo –y por cierto yo entiendo que lo son–, pero hay algo más, un excedente; el persistente regreso de este ejercicio

lector ese raro volumen que es *Ecce homo*, libro de prólogos de sus libros ya prologados, ulterior giro desapropiador sobre sí mismo, pliegue después de pliegue después de pliegue, multiplicación exponencial del efecto bifurcador.

Curioso hábito, el de prologar de este modo, que en su reiteración atenta contra toda posible univocidad tanto de la obra cuanto de la identidad de quien firma la obra.²³ Borges, después de todo, es aquel peregrino de la biblioteca interminable que es el universo –texto, al fin y al cabo, a ser interpretado una vez y otra, y otra, al infinito, o, por lo menos, ilimitada y periódicamente.²⁴

El diálogo que mi amiga y yo imaginamos hace un año es, lo repito, una escena imposible, tal como la que alguna vez armaron la vanidad y la nostalgia de Borges entre él y Leopoldo Lugones. Y sin embargo, acaso este artificio sea una variación de aquel prólogo de *El hacedor*, y de algún modo será justo afirmar que si en su imaginación Borges le hubiera dado uno de sus libros a Nietzsche, Nietzsche lo hubiera aceptado.

de auto-distanciamiento a través de diversos prólogos confiere un pliegue adicional al juego de máscaras sin fondo en el que se despliega la identidad del signatario.

23. Con esto no quiero decir que la obra sea algo separado de la vida del escritor. "El escritor vive", dice Borges, "la tarea de ser poeta no se cumple en determinado horario" ("La ceguera", en *Siete noches*, Tomo III, p. 285). Más bien apunto a la idea de constitución de la identidad en la escritura y de la obra como vida. M. Cragnolini analiza estos temas para el caso de Nietzsche en varios textos, entre ellos, "Del corpo-escrita. Nietzsche, seu 'eu' e seus escritos", en R.-M. Días, Ch. Feitosa y M.A. Barrenechea, *Assim Falou Nietzsche: Para uma filosofia do futuro*, Rio de Janeiro, UNEJ-UNIRIO, 2001, pp. 132-138.

24. J.L. Borges, "La biblioteca de Babel", en *Ficciones*, Tomo I, pp. 465-471. Que Borges, de modo similar a Nietzsche, se enfrenta al mundo como texto, y más específicamente como conjunto de construcciones –ficcional– de sentido posibles tendidas sobre un abismo-desierto-infierno que implicaría para quien cayera en él una errancia sin fin y sin puntos de descanso, el límite y la imposibilidad de toda interpretación, es la afirmación de M. Cragnolini en "Borges y Nietzsche más allá del eterno retorno: el infierno y la biblioteca", en G. Kaminsky (comp.), *Borges y la filosofía*, Buenos Aires, Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1995, pp. 69-75.